

El paisaje sentimental de Carlos Marcote

Montehermoso inaugura mañana la mayor exposición del pintor realista con paisajes y retratos locales

RAMÓN ALBERTUS



VITORIA. En los retratos realizados por el pintor alavés Carlos Marcote (Salvatierra, 1950) se pueden contar las arrugas de la frente y los pliegues de una camisa. Cuando el fotógrafo le pide al autor que pose, suena clic, y parece un retrato más de los de sus cuadros. Cuando se sitúa frente a cualquiera de sus paisajes en un plano cerrado puede dar la impresión de que está en el campo. A pesar –o como contrapunto– a esta viveza de su obra, señala: «Simplemente hago realismo figurativo».

Un total de 140 obras del artista cuelgan de las paredes del Depósito de Aguas de Montehermoso en la exposición que se inaugura mañana. Es la mayor muestra individual del artista, aunque no llega a ser una retrospectiva de su carrera ya que recoge obras realizadas sobre todo durante los últimos cuatro años.

El que fue alumno de Antonio López en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid dice que aprendió del manchego a mirar. El discípulo del reconocido artista, que trabaja en su primera obra religiosa para la Catedral Nueva, reconoce que sacar de su estudio tantas piezas ha sido un descubrimiento. Especialmente al ver sus pinturas en el amplio espacio. «Cuando miro las obras casi parece que no son mías», señalaba Marcote ayer en la presentación.

Esta exhibición es especial también porque es la primera vez que el Ayuntamiento de Vitoria apuesta por una presentación individual del

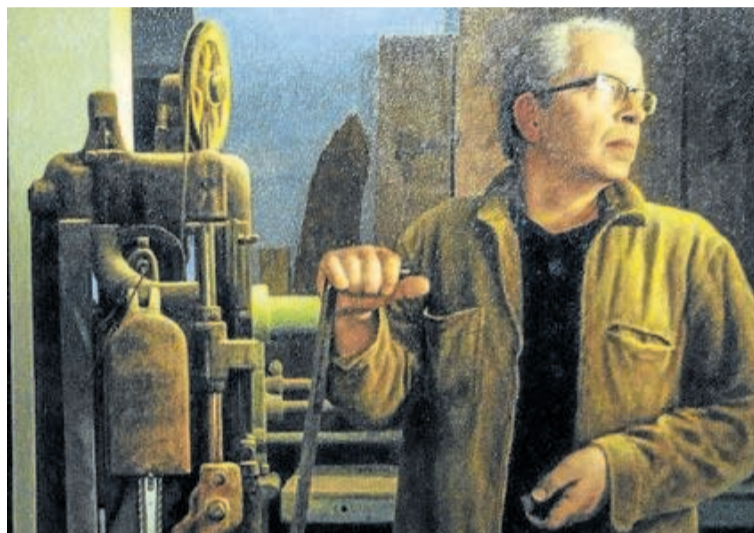
pintor realista alavés. «Se salda una deuda histórica», reconoció la propia concejala de Cultura, Estibaliz Canto. Han tenido que pasar 40 años desde que su obra viajó por primera vez a la galería Ben Jonson Fine Art de Estados Unidos y se ha visto en pinacotecas de prestigio como el Reina Sofía o el Bellas Artes de Bilbao. El empuje a esta exhibición en el centro cultural de Montehermoso lo dio el artista Carlos Lalastra, comisario de la muestra. Marcote reconoce la vida entre pinceles como su dedicación prácticamente exclusiva. «Nunca he ido por los pasillos para pedir que me expongan. Siempre he sido invitado», señaló restando importancia a ese hecho tan infrecuente para muchos artistas.

Frente al realismo tenebroso, las pinturas de Marcote transmiten serenidad y hay un punto de misterio. Esta exposición recoge el paisaje alavés, el entorno urbano de todo el País Vasco y hay una serie de retratos de familiares y amigos. Su método es el mismo siempre: fotografiar un lugar o un personaje; meterse en el estudio –una vieja iglesia desacralizada y reconstruida en Bolibar, un pueblo a quince minutos de Vitoria– y pasar largas jornadas, de hasta ocho horas, pintando.

Captar la imagen y olvidar

Para realizar los retratos de entornos rurales «cada cierto tiempo» viaja por carreteras comarcales. «Cojo el coche y me pierdo», cuenta Marcote. Saca la cámara. Dispara. «Luego no me acuerdo ni del lugar donde se han sacado las fotografías», apunta. Coge los pinceles y el paisaje queda registrado en los cuadros. Sin embargo nunca se trata de un retrato fiel. Lo retoca y lo limpia, incluso hay carreteras que transforma en parte del arbolado. Entre las panorámicas está el embalse de Ullibarri, la sierra de Cantabria... «Son paisajes del País Vasco, del norte de Navarra y Santander», concreta algo más con una voz profunda y serena que se puede identificar perfectamente con su arte.

El idealismo que se cuele en estos lienzos ya se reflejó en la muestra colectiva 'Álava: escenario artístico contemporáneo' hace siete años en el museo Artium donde contrastaban las fotografías tomadas como base para sus pinturas y la obra finalizada. El director del centro de la calle Francia, Daniel Castillejo (deja su cargo en octubre), es uno de los retratados y el museo ha cedido a Montehermoso la pintura de Marcote en



LA CLAVE

140

obras se muestran en Montehermoso entre paisajes y retratos de familiares y amigos. La mayoría, pintadas en los últimos 4 años.

El pintor de lo cercano

El exalumno de Antonio López en la Escuela de San Fernando rechaza la etiqueta de hiperrealista

la que aparece el escultor Koko Rico junto a un paisaje –los dos motivos de esta selección– que se puede ver a la entrada de la sala.

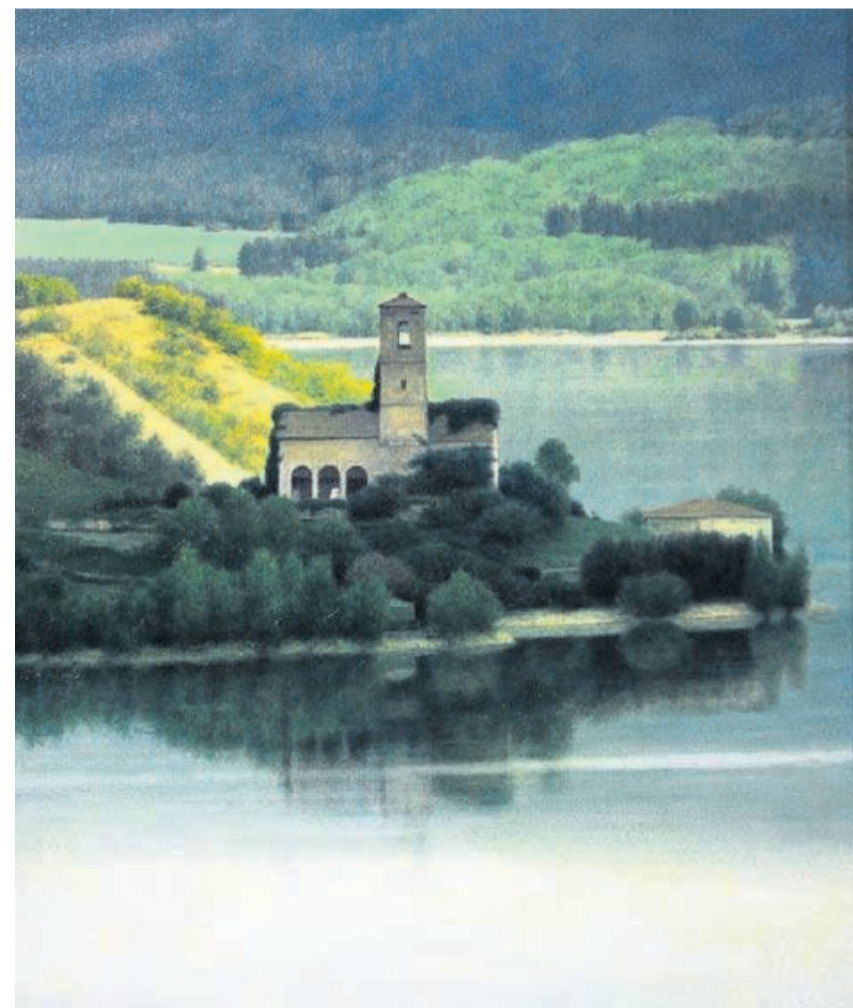
Estas imágenes de personajes en gran formato son las más llamativas de la muestra. Aparece el propio comisario de la exposición, Lalastra, y los artistas Lourdes San Vicente, Juan

Mieg, Paco San Miguel o Mintxo frente a sus obras o en sus respectivos estudios. «Son compañeros, amigos. Me gusta la figura y lo que tienes más cercano siempre lo conoces mejor». Si el paisaje lo inmortaliza limando sus imperfecciones, los retratos buscan mostrar la forma de ser del personaje.

Su realismo no tiene tanto que ver con la fidelidad al carrete. «No encaja en los museos históricos porque todavía no ha muerto», comenta Lalastra, medio en serio. Sin duda, su obra inunda de vida el Depósito de Aguas de Montehermoso. «Lo de hiperrealismo me queda artificioso», confiesa Marcote.



El pintor muestra en Monthermoso su mayor exposición, donde destacan los retratos de gran formato. Entre ellos se puede ver al comisario de la exposición Carlos Lalastra (ingeniero industrial), la artista Lourdes San Vicente y Daniel Castillejo, director de Artium. :: IOSU ONANDIA



LA EXPOSICIÓN

► **Carlos Marcote.** Nacido en Salvatierra (1950) y alumno en su juventud de Antonio López en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, es su único discípulo alavés, junto a Eduardo Alsasua.

► **En Monthermoso.** 140 obras suyas en el Depósito de Aguas.

► **Fecha.** La muestra se inaugura mañana y se podrá ver hasta el 23 de septiembre.

EL SFUMATO

SANTIAGO ARCEDIANO



Marcote no es lo que parece

A Julián Gállego (1919-2006), historiador de raza y casi a la par mejor docente, se le debe uno de los libros fundamentales del arte de estas últimas décadas: 'Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro'. En su mayúscula aportación historiográfica del año 1972 vino a demostrar que una pintura tan rabiamente figurativa y en apariencia tan representativa y realista como la que difundieron Velázquez, Zurbarán, Murillo, Antonio de Pereda y Valdés Leal, con otras firmas más, se alimentaba de programas iconográficos repletos de símbolos y alegorías.

Como no puede ser de otra manera, la cultura del siglo XVII, tremendamente conceptual, con sus propios códigos, sirvió de base para articular las composiciones y posterior ejecución visual de la mayoría de aquellos trabajos. Resulta entonces que estos pintores tan acerdadamente figurativos disfrutaban de una enorme cultura simbólica; por lo tanto de

unos repertorios de imágenes que iban mucho más allá de la realidad y sus apariencias.

Algo similar pero en otro orden ocurre con la pintura de Carlos Marcote. Creemos que identificamos y que, por ende, dominamos su vocabulario técnico y expresivo. Y lo admiramos, así como la plasmación de los contenidos que enuncian sus obras. Pero esa realidad, con sus diferentes interpretaciones, por muy figurativa y/o representativa que nos parezca, siempre es irreal. Por idea. Por concepto. Por inalcanzable. No debemos olvidar, además, que la realidad nunca es como es, sino como nos interesa y la imaginamos cada persona individualmente. Las interpretaciones siempre son subjetivas, y más las reinterpretaciones de los artistas cuando éstas adquieren valor de trascendencia, superando cualquier realidad de corte fotográfico.

Craso error en este sentido si nos dejamos envolver y seducir exclusivamente por la diligente técnica de Marcote. O sea; por su disciplina y su mé-

todo. Mucho más valioso resultará ahondar y encontrar su visión personal: esa otra realidad, la suya propia, que es vivencial, como debe ser igualmente la de cada uno de los espectadores que observa su obra. Porque si este pintor anhela fijar su propia presencia y su protagonismo dentro del espacio del cuadro que compone, los nuevos ojos que miran han de aspirar también a sobrevolar la resolución más o menos bella de esos perfiles naturalistas para hallar -cada observador- su punto más personal. Porque existe. Porque las vivencias de unos y otros, lejos ahora de fórmulas o programas, se renuevan constantemente. Cada realidad tiene su fisonomía, y cada fisonomía su personalidad.

Así la pintura de Marcote con sus trasfondos ideales envueltos en un lenguaje figurativo que no pierde nunca su estilo propio. Repertorios renovados que son escenarios-proyecto, recreaciones de espacios que van más allá de cualquier textura descriptiva. Un conceptual con imagen realista.